

# BIOGRAFÍA

DEL DOCTOR

## DON FRANCISCO SOLANO DE LUQUE

(EL PULSISTA)

Y

JUICIO CRÍTICO DE SUS OBRAS

POR

### DON PABLO GARCÍA FERNÁNDEZ

MÉDICO DEL CUERPO DE PRISIONES

Laureado por la Real Academia de Medicina de Madrid, de las Sociedades Española y Francesa de Higiene, Académico correspondiente de la Médico-Quirúrgica Española, Ciencias y Artes de Cadiz, Ciencias Médicas de Badajoz y de la General de Ciencias y Bellas Letras de Córdoba.

TRABAJO PREMIADO

POR LA

## Real Sociedad Económica Cordobesa

EN LOS JUEGOS FLORALES DEL PRESENTE AÑO

1903

R. 17309

IMPRESA DEL DIARIO DE CORDOBA

Letrados 18



# BIOGRAFÍA



Al Excelentísimo Ayuntamiento Constitucional

DE LA

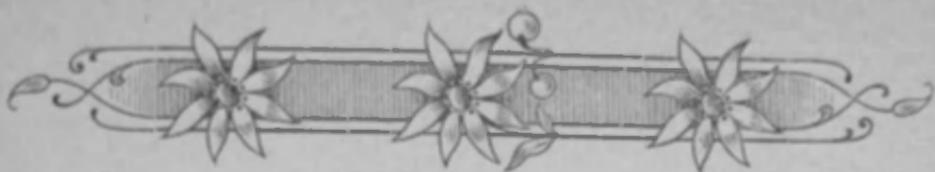
MUY NOBLE Y MUY LEAL

*Ciudad de Montilla*

*Tiene el honor de dedicar esta Biografía  
de uno de sus más ilustres hijos,*

*El Autor.*





## Proemio.



A Real Sociedad Económica de Amigos del País, campliendo uno de sus más trascendentales fines y siguiendo el honroso camino que trazó el inolvidable Sr. Barón de Fuente Quinto, primer promovedor de los juegos florales en 1859 en la culta y antigua Atenas de Occidente, ha tenido el feliz acuerdó de renovar una vez más en este año tan hermosa y agradable fiesta, cuyo origen é historia de todos conocida, dá plácido solaz al espíritu, señalando una tregua de calma y bienandanza en el creciente y agitado mar de las luchas políticas y sociales que caracterizan nuestra época.

Córdoba se apresta gozosa á disfrutar tan encantador espectáculo en la estación que se reviste de sus mejores galas: los incomparables hechos de su jigantesca historia, la singular belleza de sus hijas y los preclaros timbres de sus gloriosos hijos despiertan en nuestra

imaginación sentidos recuerdos de su poderío y grandeza. Córdoba despierta de su letargo y pide un puesto de honor en el continuo avance del progreso humano, y nosotros, amantes siempre de lo bueno y de lo útil, debemos en nuestras escasas fuerzas ayudarla y enaltecerla.

La ciencia tiene también señalado sitio en estos pabellones literarios; recordar las glorias y los trabajos de sus hijos, es labor meritisima. Por eso acudimos nosotros deseosos de cumplir en lo que nuestros deseos y conocimientos alcancen con lo propuesto en el TEMA XVII del Programa, que oportunamente fué publicado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de esta población en el presente año.

Escribimos este trabajo en honor y recuerdo de un sabio modesto que llenó con su fama y con su ciencia la Europa literaria y científica de la segunda mitad del siglo XVIII, insigne médico que practicando en un rincón de Andalucía, logró con sus escritos y predicciones dar renombre á su país y que su persona fuese estimada y admirada por el profundo conocimiento que alcanzó en la ciencia de Hipócrates, en todos los centros del saber humano.



## I

El Sr. Don Francisco Solano y Luque, el *Pulsista*, como generalmente es conocido, nació en la noble ciudad de Montilla, provincia de Córdoba. Los escritores que de él se han ocupado afirman que nació en 1685. Su partida de bautismo, que hemos tenido ocasión de examinar, se encuentra en la página 39, tercer asiento del libro 31 correspondiente, que se guarda en la iglesia parroquial del Señor Santiago de la referida población, y dice así: *En la ciudad de Montilla doce dias del mes de Noviembre de mil seicientos ochenta y quatro años yo el lic.<sup>co</sup> Juan del Arbol Cura de la iglesia Parroquial del Sr. Santiago desta dicha Ciudad Bapticé á Fran.<sup>co</sup> Solano hijo de Rodrigo Joseph de Segobia y de Fran.<sup>ca</sup> Maria de Luque su m.<sup>ca</sup> que nació á diez del corriente á las quatro de la tarde. Fue su padrino D. Diego de Aguilar y Toro advertite el parentesco. Fueron testigos Luis Villegas y Ant.<sup>o</sup> Molina y lo firma Juan del Arbol.*

Por ella vemos que es anterior en un año a lo que se ha escrito. También deducimos que siguiendo la rara y caprichosa costumbre de aquella época, antepuso el apellido materno al de su padre, de lo que recordamos algunos casos en escritores célebres de aquella época y entre otros el del ingenio cordobés D. Luis de Góngora y Argote.

De modesta y honrada familia, pronto se despertó en el joven Solano su afición al estudio. Con especial asiduidad y dando pruebas de gran inteligencia ganó con lucido aprovecha-

miento los cursos reglamentarios de gramática y filosofía en el colegio de la Concepción de los Jesuitas de su ciudad natal, sobresaliendo en el latín, que dominó perfectamente, como se desprende de la lectura de su célebre y comentada obra de *Lapis Lydos*. Joven aun, pues solo contaba 19 años, logra trasladarse á Granada en busca de más amplio horizonte, no sabemos si por fallecimiento de sus padres ó con permiso de ellos, pues lo cierto es que no existen noticias de que volviera á su patria.

Llamado por irresistible vocación al estudio de la medicina, ingresa en aquella célebre Universidad, consiguiendo, al cabo de dos años de provechosa aplicación y de brillantes notas, el grado de Bachiller en medicina: sigue la práctica con su maestro y profesor el Dr. D. José Pablo Fernández y Vallesteros, catedrático de Prima de Medicina (teoría) y Vice-Decano del claustro, visitando diariamente en su compañía los hospitales de San Juan de Dios, del Refugio y Real de Granada. A los 23 años obtiene el grado de Licenciado, que por aquella época constaba de lo siguiente: 1.º Explicar una lección de *Avicena* y otra sobre el *Arte*, contestando durante todo un día á las objeciones que le dirigían los Doctores y Licenciados de la respectiva facultad asistentes al acto. 2.º Desarrollar en otra oración verbal un punto también del *Canon* de Avicena ó del *Arte médica* de Galeno, cuyos libros abrían dos jueces por tres distintas partes, eligiendo el actuante el que había de explanar en su discurso, el cual era presenciado por el Rector y todos los Doctores de la Facultad. 3.º Un rígido examen sobre teoría y práctica médica. Acto seguido se depositaban en un birrete los votos de los Doctores por medio de papeletas cerradas, en las que se consignaba la aprobación ó reprobación. (1)

Grandes torturas debió sufrir el genio de nuestro biografiado, frente á los raquíticos moldes en que se encerraban aquellos médicos galenistas que todo lo posponían ante el *magister dixit*: tanto más cuanto que por aquella época empezaba á vislumbrar los nuevos derroteros de la medicina, observando las

(1) *Historia de la Universidad de Granada*, por D. N. Montels.

crisis de las enfermedades mediante el conocimiento del pulso, en las que cada día se afirmaba con más fe, ante los repetidos casos observados, los cuales venían á robustecer la verdad de sus opiniones. Pero siempre modesto y afable no se atrevía á discutir ni publicar sus acertados pronósticos, sobrecogido de respetuoso temor ante el carácter hosco y severo de su maestro é infatigable polemista anónimo el Dr. D. José Pablo Fernández, guardando por entonces y en el mayor secreto sus notables y curiosas observaciones. Una vez que se decidió confiar á sus maestros el caso de un enfermo, por demás notable, le hubieron de responder que se dejase de aquellas futilidades, puesto que las intermitencias de pulso que notaba serian debidas á algún vapor fuliginoso ú hollin (sic) que se interponia en las arterias según afirmaba Galeno y que en adelante se atribuyese únicamente á las ocho diferencias de pulso del Dr. Henriques ó á las seis del Dr. Riverio. (1)

No le satisfizo al joven médico tan disparatada teoría, antes al contrario, afirmóse una vez más en la observación de los enfermos á cuyo lado permanecía horas enteras. Bien pronto hubo de notar que en los casos en que percibía el pulso *dicroto* ó *bipulsación*, como él lo llama, este coincidía con la hemorragia nasal: excitóse su curiosidad en alto grado y observando detenidamente todos los enfermos que se le ofrecían, se halló muy pronto en el caso, no solo de pronosticar la aparición de las hemorragias, sino también el de fijar el término en que debían presentarse. Advirtió en uno de sus enfermos joven una fiebre alta, con pulso vehemente, celer y erebro, como él dice, la bipulsación; recordó que Galeno, Avicena y otros autores, en estos casos de pulso dicroto, pronosticaban gravemente é indicaban la sangría. Dudaba en ejecutarla ante el temor de que aquel síntoma fuese el fenómeno de que la naturaleza se valia para iniciar un movimiento favorable, en cuyo caso estorbaria el remedio y se debilitaría el enfermo, no pudiendo por esta causa vencer la enfermedad. Ante esta incertidumbre tomó el partido de observar el caso *desde las seis de la maña-*

(1) *Luz y Vida*, pág. 83, 1.ª columna.

na hasta las cinco de la tarde, en cuyo tiempo no se separó de la cabecera del enfermo. A esta última hora se le presentó al enfermo una hemorragia de narices y durante dos horas y media no abandonó el pulso interin corría la sangre, anotando cuidadosamente las variaciones y cambios sufridos en la arteria. El paciente mejoró y el feliz éxito obtenido le hizo ser prudente, guardando en su memoria lo ocurrido para enseñanza del porvenir.

Bien pronto tuvo ocasión de dar publicidad á sus investigaciones. Cayó con una fiebre aguda el Doctor en medicina y vecino de Granada D. Francisco Castillo, encargándose de su asistencia D. Fernando Arias, D. Miguel de Rojas, catedrático de esfera de aquella Universidad y D. Juan de Torres, catedrático sustituto de vísperas, los cuales gozaban de excelente crédito en la ciudad. Estos señores al sexto dia de la enfermedad notaron el pulso intermitente después del segundo diastole y de común acuerdo opinaron que se moria el enfermo. Llamado por la familia el médico Solano, este después de examinar detenidamente á su compañero, pidió licencia para exponer su opinión y obtenida declaró que *el tomaba esta intermision de pulso por un conato de la naturaleza para evacuar los humores morbosos por el vientre*. Al instante juzgando temeraria su opinión y contraria al dictamen de Galeno, hubieron de indicarle se callase: anunciaron la muerte á sus deudos y se retiraron. En la misma tarde sintió el enfermo dolores de vientre, por lo que se avisó en el acto al Dr. Arias, el que le dispuso una unción con aceite de azucenas, pero esta no produjo mas efectos que aumentar los dolores hasta el punto de obligar al enfermo á saltar de la cama, sobreviniéndole una copiosa diarrea. Devuelto al lecho el enfermo, durmió sosegadamente toda la noche, despertando limpio de fiebre.

Este resultado de la confirmación de su pronóstico, le dio fama entre sus compañeros de la Universidad, aunque alguno de los médicos de la consulta anterior, para encubrir su ignorancia, propaló la especie de que lo pronosticado por el médico montillano lo había leído en no se qué autor, cuando esta-

ba fuera de toda duda que lo había observado en el gran libro de la naturaleza, siempre abierto para los que saben investigar y observar con fé sus arcanos.

Falto de verdadera protección (aunque por entonces parece le concedieron el cargo de catedrático sustituto) deseando continuar sus investigaciones retirado de las envidias y murmuraciones de sus anticuados compañeros, aceptó el modesto partido de Illora, pueblecito cercano á Granada, en donde siguió estudiando y revelando los grandes dotes que le adornaban en la numerosa clientela que formó, no sólo de Illora, sino también de los importantes pueblos comarcanos. En este lugar permaneció desde fin de 1708 hasta 1712 en que conociendo en una de sus frecuentes salidas á la que poco después fué su esposa doña Josefa Navas y Victorio, natural de Rute, trasladose á este pueblo después de casado (1), sin que por esta causa dejase con frecuencia de visitar su antigua titular y muy particularmente á los RR. PP. del Convento de San Pedro Alcántara de la mencionada villa, de quien siempre fué boudoso médico y amigo.

Continuando en sus observaciones, seguía con afán solícito estudiando la nueva senda que había trazado en la medicina secular en todos cuantos enfermos asistía, no sólo de su pueblo, sino también de los cercanos como Porcuna, Iznájar, Loja, Antequera, Montefrío y Granada, descubriendo nuevas y raras crisis, hijas todas de sus profundos conocimientos y basadas en la observación detenida del enfermo, llamando la atención de sus compañeros y principalmente entre los que por aquel tiempo aceptaron su doctrina, D. Francisco Castro Palomino, cirujano de Illora, y D. Pedro Fermín, médico de Rute, los cuales le ayudaban desinteresada y noblemente en sus investigaciones y estudios.

Con motivo de las numerosas discusiones que se entablaron por aquella época entre los más ilustrados médicos andaluces sobre la naturaleza y propagación de ciertas fiebres que reina-

(1) Esto puede comprobarse en la página 177, capítulo VI, observación 5.ª de mi obra *Medicina Universt.*

ban epidémicamente en Sevilla, Málaga y Granada, publicó Solano de Luque un folleto en contestación á otro de D. Rodrigo Parrilla Villalón, médico de Antequera, cuyo primer trabajo literario, que más adelante examinaremos, fué impreso en Córdoba en 1713.

La fama de sus predicciones se extendía cada vez más hasta llegar á Granada, desde donde con frecuencia le llamaban á consulta así como á Loja, Antequera y Archidona. La Real Sociedad Médica de Sevilla le nombró su socio correspondiente á principios del año 1713. La ciudad de Antequera noticiosa de sus portentosas curas y correspondiendo á la justa fama del doctor montillano, le nombró por Enero de 1717 médico numerario ó titular de la misma. Establecido ya en una población de mayor vecindario y asistiendo diariamente al hospital de San Juan de Dios de la referida ciudad, pudo con más amplitud hacer sus observaciones sobre el pulso, lo que bien pronto le pusieron en estado de pronosticar todas las crisis que habían de sobrevenir á los enfermos y de conseguir en su consecuencia las más sorprendentes curaciones.

Tenia el raro mérito, en medio de su múltiple trabajo, de ir consignando diariamente en un cuaderno todos los casos de su práctica particular, llevando una curiosa estadística de los nombres, sexo, edad, temperamento, estado, vecindad y demás circunstancias pertinentes de sus enfermos con el resultado del tratamiento empleado: lo que consigna en su obra de *Lapis Leydos* es desde 1.º de Mayo de 1722 hasta 30 de Abril del siguiente año y entre 700 enfermos que asistió sólo registra siete fallecidos. Los enfermos del hospital no estaban incluidos en este cuadro estadístico.

Esta labor asombrosa, esta práctica notabilísima unida á una sencillez y bondad natural en una inteligencia privilegiada, atrayéronle, no obstante, murmuradores y envidiosos, los que no le abandonaron en el calvario de su noble profesión.

Á los diez meses de residir en Antequera y en medio de su incesante trabajo, publica en Málaga su segunda obra de *Medicina Universal*, verdadero tratado de higiene en el que re-

fiere muchos casos de su referida práctica, combatiendo con verdadera fe la arraigada costumbre de los polifarmacos y el excesivo afán que mostraban los médicos de su época en perder el tiempo en estériles y aparatosas discusiones. Siempre se le oía decir que lo que debe el médico buscar á la cabecera del enfermo es la *ocasión* de ayudar á la naturaleza.

«La obligación, dice, que hay y debe haber, es tan solamente el *impedir, permitir ó ayudar* con el arte los movimientos de la naturaleza, de tal suerte, que el movimiento saludable si es debil se debe ayudar por el médico, si es perfecto permitir y si es pernicioso impedir. En esto es únicamente en lo que consiste todo el arte de la Medicina y su divinidad en conocer á tiempo, esto es, antes que se vean, sus efectos con la dirección correspondiente á cada uno.»

Interin llegaba el tiempo de publicar su famosa obra de *Lapis Lydos*, donde habia de consignar sus felices y sorprendentes resultados, tuvo ocasión de intervenir en un caso tanto más notable cuanto que ocurrió en Madrid y á presencia de los médicos más célebres de la corte. En 1721 se hallaba enfermo en Málaga, de melancolía, el vecino de Antequera D. Bartolomé de Cea y Saavedra, caballero de la orden de Santiago, y aun cuando no se agravaba en su enfermedad, deseaba curarse por completo del mal que le aquejaba. Resolvió trasladarse á Madrid para conocer la opinion de los más famosos médicos de la corte, pero con la precisa condición de que le acompañase el Dr. Solano. Efectuado el viaje, entablaron su curación los doctores Higgins y Lexendre, médico y cirujano respectivamente del Rey Felipe V y el Dr. D. Diego Mateo Zapata, muy celebrado por su larga y acreditada práctica. Mas adelante sustituyó al Dr. Higgins, por sus muchas ocupaciones el Dr. D. José Suñol y Piñol, médico igualmente de S. M. Después de veinte días de asistencia, no habiendo adelantado nada en la curación del enfermo á pesar de la numerosa medicación recetada, propusieron como recurso los caldos de vibora. Opúsose á este extraño medicamento el Dr. Solano, pronosticando á su vez gran cambio en la naturaleza del enfermo por haber nota-

do el pulso *inciduo* y no creer conveniente el suministrar remedio alguno ante el temor de contrarrestar el movimiento iniciado por la naturaleza. Insisten sus compañeros y aun el enfermo contra el dictamen del sabio Solano, pero este, observando nuevamente el fenómeno antedicho, á cada ocho pulsaciones, mantiene con firmeza su criterio y logra persuadir á todos de que no se engañaba pronosticando en breve tiempo la presentación de una ictericia. Al término por él fijado, amaneció icterico el enfermo y antes que Solano lo dejase ver de sus compañeros, cerró intencionadamente las ventanas de su habitación, mandando se encendiesen velas. Consultó con sus compañeros á medida que llegaban si sería bien aplicado el caldo de viboras a un icterico, conviniendo unánimemente en que sería un error. Abiertas seguidamente las ventanas para que entrase la luz natural, quedaron sorprendidos los circunstantes de ver icterico el enfermo y comprobado el diagnóstico del médico andaluz. El caso se hizo público, el enfermo se curó y vuelto á su patria en compañía de su médico, le destinó á este en agradecimiento el disfrute de coche durante su residencia en Antequera. Poco tiempo después recibia el honorífico nombramiento de Médico honorario del Rey y de su Real familia.

Cada día que pasaba iba aumentando sus observaciones y pronosticando con más certeza sus crisis por el pulso, mediante la presentación de las hemorragias, las evacuaciones ventrales, el sudor y la orina, gozando de una merecida fama y de una numerosa clientela, sin que en su alma bondadosa anidase el orgullo ni el desvio hacia sus compañeros, á los que procuraba inculcar sus sorprendentes doctrinas con la amabilidad y el entusiasmo de un creyente.

Entre los muchos discipulos que á su lado comprobaban diariamente sus pronósticos, debemos citar á D. Lázaro Ruiz de Aragón y D. Juan Pedraza y Castilla, médico el primero y bachiller este último en filosofía y medicina, vecino de Antequera y más tarde médico titular de Estepa. También su hijo mayor Cristóbal se iba imponiendo en los estudios de su padre, los que por desgracia no practicó por mucho tiempo.

Juzgando su elevado criterio que el mejor medio para difundir sus conocimientos, así como para contestar á sus detractores era la prensa, determinó escribir un libro en que exponer sus teorías y las observaciones de su numerosa práctica, dando á la publicidad su célebre obra de *Lapis Lydos Apollinis*, piedra de toque de la medicina, la que concluida en 1722 no llegó á imprimirse hasta diez años después, en 1732, algún tanto variada de su primitiva forma, como hemos de apreciar cuando de ella nos ocupemos.

Al ser conocida del público tuvo sus defensores, pero también críticos que la juzgaron despiadadamente: entre los primeros que apreciaron su valer y la ensalzaron, figuran los médicos de Cádiz D. Manuel Gutierrez de los Rios y D. Pedro Rojo. Al ocuparse de ella los redactores del *Diario de los Literatos de España*, confundieron de tal modo las teorías de Solano, que mas bien parecia no haber comprendido lo que significaba la obra del ilustrado médico (1). El Dr. Rojo, médico del hospital de San Juan de Dios de la ciudad gaditana, habia leído con detenimiento el *Lapis Lydos* comprobando frecuentemente en su práctica las originales teorías del médico Solano de Luque y de las que dió cuenta á su íntimo amigo y compañero de profesión el Dr. Jacobo Nihell, médico de la colonia inglesa que residía en Cádiz, sobrino del Dr. Higgins. Leyó con gusto Nihell la citada obra y quedó encantado de la ingenuidad y modestia de su autor; mas deseando conocer personalmente tan notable maestro, determinó visitarlo y comprobar á su lado lo que en su obra exponía. Embarcó en Cádiz para Málaga y de esta capital pasó á Antequera, donde llegó el 17 de Setiembre de 1737, siendo recibido por el insigne Solano de Luque con aquella amabilidad y franqueza que le caracterizaba. Dos meses justos estuvo el Dr. Nihell á su lado, acompañándolo a ver todos sus enfermos, tanto de su particular clientela como del hospital, oyendo de labios de Solano tan agudos conceptos y sentenciosas máximas, que, admirado de tan preclara ciencia,

(1) Tomo 2.º página 156 y siguientes.

manifestó deseos de iniciarse en sus secretos al ser testigo de sus atrevidos pronósticos y felices resultados.

El docto médico antequerano se prestó lealmente á tan levantados deseos, enseñándole ingénuamente cuanto apetecía saber y poniendo bien pronto al doctor irlandés en estado de ejecutar lo que le habia sorprendido.

Este conocimiento fué tan glorioso para Solano como provechoso para Nihell, puesto que si aquel le hizo partícipe de su descubrimiento, este, por su parte, dió á conocer el nombre de Solano de Luque por toda Europa, pudiendo asegurarse que le es deudor de la mayor parte de su celebridad.

Vuelto á Cádiz el Dr. Nihell comunicó á su clientela y demás compañeros de profesión la certeza, comprobación y fundamento de las doctrinas sustentadas por el Dr. D. Francisco Solano y Luque, su amigo y maestro. Deseosa la ciudad de Cádiz de honrarse con su asistencia, le propuso ventajosas condiciones para atraerlo á su seno. Pero, ó bien porque no quisiese salir de Antequera, ó porque se hallase enfermo, lo cierto es que al poco tiempo falleció un Domingo de Ramos, último día del mes de Marzo de 1738, á los 53 años, cuatro meses y veinte y un días, sin llegar á ver publicadas sus últimas observaciones que servían de defensa al *Lapis Lydos* y de corroboración á sus doctrinas, las que, reunidas en un libro, tenia ya ultimadas en 1737.

Sensible por demás fué la temprana muerte de tan célebre médico, no tanto por la numerosa familia que dejaba, compuesta de quince hijos, siete de ellos varones, cuanto que perdió la medicina española un astro, con luz propia, que la enaltecía é ilustraba. Esta desgracia fué también vivamente sentida por su predilecto y querido discípulo don Juan Pedraza y Castilla, quien sumamente conmovido ayudó personalmente á la conducción de los restos de su inolvidable maestro, que fué sepultado en la bóveda de la capilla de Nuestra Señora del Rosario, de la parroquial de Santa Maria, de Antequera, cuya iglesia y capilla visitaba diariamente antes de ver á sus enfermos.

Todas sus alhajas y librería, compuesta de numerosas obras

de medicina antigua y moderna, se malvendió prontamente. Sólo se reservó su hijo Cristóbal *Las observaciones sobre el pulso*, obra formada por su malogrado padre, ayudado de éste y del discípulo Pedraza. El Dr. Nihell hizo varias tentativas para adquirir todos los manuscritos que había dejado, así como varias casas editoriales de Madrid, Sevilla y Granada. A todo se negó resueltamente su desconsolada viuda. Poco tiempo después fallecía el hijo mayor, Cristóbal, ya médico revalidado, que empezaba á ejercer con gran aceptación, siguiendo las sabias lecciones del ilustre autor de sus días.

Ante esta nueva desgracia en aquella infeliz familia, solo se ocuparon, á costa de grandes privaciones, de que el segundo hijo, Pedro, acabase también la carrera de medicina, que terminó felizmente en el año 1750. De nuevo intentó este publicar la última obra de su padre, pero ante las dificultades y los gastos de una impresión, cedió en su empeño, si bien no descuidaba en buscar ocasión favorable para conseguirlo. Esta llegó, pero al cabo de cincuenta años de estar concluida y cuando ya las ideas y teorías de Solano de Luque eran conocidas y discutidas en toda la Europa médica. De todos modos, tuvo este segundo hijo la noble satisfacción de conseguir fuese publicada á instancias y bajo los cuidados del Sr. D. Francisco Milla y de la Peña, distinguido procer de Antequera y regidor de la villa de Madrid, el que interesó al Excmo. Sr. Conde de Florida-Blanca para que la edición fuese costeadada por la imprenta Real. Desgraciadamente tampoco pudo verla impresa, pues falleció antes de terminarse, siendo médico de Alcalá la Real.

Era el Dr. D. Francisco Solano de Luque, sano de color, de complexión robusta, ojos vivos, de no muy elevada estatura y en el decir muy agudo. El M. R. P. Juan de la Chica, predicador del convento de Santa María Magdalena, de Antequera, dice con referencia á su saber en el prólogo de la obra *Origen morbozo*: «Si hubiese pluma tan veloz que siguiera los vuelos de la suya ó fuese tan sumamente lo que expresa su lengua como lo que pudiera su pluma, diera á luz su habilidad tanto escrito de medicina cuanto con asombro de inimitable en medicina habla.»

No queda más retrato de él que el excelente grabado en cobre, incluido en la obra *Observaciones sobre el pulso*. Copias de él son, á no dudár, el que existe en el testero principal del salón de actos de la Facultad de Medicina de Granada y el que se guarda en la sala de sesiones de la Real Sociedad Económica Montillana, pintado por una distinguida señorita de esta última población.

De su numerosa descendencia sólo quedaron dos varones y tres hembras. Sus hijos Cristóbal y Pedro fallecieron prematuramente. Únicamente apuntaremos que 1817 practicaba en Montilla con gran aceptación el Dr. D. Juan de Luque, médico de Cámara del Rey Fernando VII. ¿Sería éste algún descendiente de nuestro biografiado? El caso poco importa á nuestro objeto y sólo lo consignamos á título de curiosidad.

## II

En esta segunda parte de nuestro trabajo vamos á ocuparnos de las obras que conocemos, debidas á tan excelente médico, obras que para mayor facilidad estudiaremos por separado.

1.<sup>a</sup> *Triunfo de la crisis epidémica sevillana y contra Respuesta á la controversia epidémica que dio á luz el Dr. D. Rodrigo Parrilla y Villalón, Médico complutense y de Antequera. Escrito el Dr. D. Francisco Solano y Luque, Chatedrático sustituto (sic) que fué en la Insigne é Imperial Universidad de Granada y Socio de la Regia Academia Hispalense, quien dedica esta obra al Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Fernandez de Cordova, Duque de Sessa y Baena, Conde de Cabra y Gran Almirante de Nápoles, etc. Por mano del Sr. D. Lorenzo de Mier Porres y Mardones, Governador de sus Estados en la villa de Cabra. Dada rendidamente á el examen de los Doctos que desapasionadamente contemplaren sus cláusulas y con sinceridad lo leyeren. En Córdoba en la imprenta de Estevan de Cabrera. Año de MDCCXIII. 4.<sup>o</sup>—16 hojas al principio sin foliar, 116 numeradas. Apostillas. Portada. Dedicatoria sin fecha firmada por el autor. Licencia de la Real Sociedad Médica Hispalense. Sevilla 26 Abril 1713. Censura de Fr. Benito Blasco de Villalón. 31 Julio 1713. Censura del Dr. D. Antonio de Zaldúa, médico de Córdoba. 7 de Agosto 1713. Licencia del Ordinario. Córdoba 16 de Agosto de 1713. Erratas. Prólogo. Texto firmado por el autor.*

La historia de este folleto es la siguiente: En 1709 hubo en

Sevilla gran número de enfermedades que presentaron el carácter palúdico. Publicó el médico de esta ciudad, hombre de gran criterio, don Salvador Leonardo de Flores, una obrita que intituló *crisis epidémica*, en la que trataba de probar que la referida enfermedad no era contagiosa, dando reglas de higiene para su preservación y saludables consejos ante el infundado temor del contagio. Replicóle el Dr. Parrilla Villalón, de Antequera, combatiendo los argumentos del referido Flores en su *Controversia epidémica*, impresa en Granada en 1712, á la que contestó seguidamente el Dr. Solano de Luque con su ya mencionado opúsculo, demostrando la razón que asistía á los médicos sevillanos en no declarar la forma pestilencial de la enfermedad y asegurando ser la verdadera doctrina de Hipócrates la sustentada por Flores y Melero. En esta primera producción literaria demuestra ya el joven montillano sus profundos conocimientos de las obras de Hipócrates y Galeno y de lo familiarizado que estaba con las opiniones de los principales médicos españoles. Critica á los que se dedican sistemáticamente á sangrar sin conocimiento de causa, pero no deja en ocasiones de aparecer influido por las teorías humorales. Más tarde y ya avecindado en Antequera, hubo de seguir sosteniendo repetidas discusiones con el ya citado Dr. Parrilla Villalón, hombre de respetable edad, y con su compañero el joven doctor Criado, dando lugar á que este último le dirigiera el siguiente papel, á lo que parece impreso en Córdoba en 1717, pues en esta ciudad están firmadas las licencias aunque no ofrece pie de imprenta. *Apolinca carta y timbreo médico práctico-clínico sobre la curativa de mi señora doña María Delgado Corregidora desta ciudad. Al Doc. D. Francisco Solano y Luque. Dada al cuerdo examen de los doctos D. Francisco Vicente Criado y Balboa, medico de la ciudad de Antequera, etc.*, cuyo folleto, que hemos tenido ocasión de leer, es una serie de quejas injustificadas y de copias de cartas cruzadas entre los doctores Solano y Parrilla Villalón, acerca de la enfermedad de la citada señora que el primero curó rápidamente, desentendiéndose de lo que proponían sus compañeros.

La segunda obra, algo más conocida que la anterior, es un tomo en 8.º, cuya portada es como sigue:

*Origen morboſo, Común y universal, Generante de los accidentes todos ſegún la irrefragable doctrina del Grande Hippocrates exprimida por el Trabajo del doc. D. Francisco Solano de Luque, Cathedrático ſuſtituto que fue en la inſigne e Imperial Universidad de Granada, ſocio de la Real Academia de Sevilla, Médico y vecino deſta ciudad de Antequera. Dedicad A el Señor D. Pedro Jacinto Rui Diaz de Narbaez, Conde de la Bovadilla, etc., Impreſo en Málaga, En la Imprenta de D. Juan Vasquez Piédrola, Impreſor del Reyno. Año de 1718.*

8.º Dedicatoria. Parecer de D. Alonso Francisco Sánchez y Zea. Sevilla y Febrero 7 de 1718.—Licencia de la R. Sociedad Médica Hiſpalenſe para la impreſión. 8 de Febrero de 1718. D. Salvador Leonardo de Flores. Presidente. Ante mí don Joſeph Arcadio Ortega, Eſcriv.—Censura y aprobación del doctor don Francisco Antonio de Herrera y Paniagua, médico revalidado y ſocio fundador de la Real Academia de Sevilla. Aprobación del M. R. P. Fr. Juan de la Chica, Predicador de ſu convento de Santa María Magdalena, de Antequera. Antequera 2 de Julio de 1718. Licencia del Ordinario. Licenciado D. Diego de Toro y Villalobos. Malaga 5 de Julio de 1718. Fe de erratas. Prólogo al lector. Advertencia á los lectores. Texto 224 páginas numeradas.

No tiene indice, pero la obra conſta de lo ſiguiente: Capítulo 1.º *Que ſea ſtato y ſus cauſas.* Comienza haciendo conſideraciones ſobre lo deleznable que es la naturaleza humana, manifeſtando que los médicos que más alardean de ſeguir los conſejos de Hippocrates ſon los primeros en apartarſe de ſus huellas, por lo que ocurre en muchas ocasiones no ſaben darſe cuenta de la muerte de ſus enfermos, en viſta de lo que he determinado hacer deſcripción de tan fatales precipicios y ſu original principio, ſolicitando que el rico ſe recree con la relación de ſu padecer y los pobres hallen á poca coſta los reparos y los doctos médicos corrijan lo que ſe pareciere de poca utilidad, y con ſus doctrinas aumenten miſ deſeos, que ſon la utilidad

«del común.» Entra luego en la definición del flato, á quien Hipócrates consideró como dependiente del aire exterior ó *Macroscomos* en contraposición al que se origina del mundo orgánico ó *Microscomos*, causa principal de muchas enfermedades.

En el 2.º capítulo, *De la Gula*, critica con justa razón sus excesos, diciendo que son causa de penosas digestiones de lo que se originan los flatos, produciendo trastornos del cerebro y acarreando gastos de médico y medicinas. Cita hechos históricos, remontándose á Adán y Eva, que fueron espulsados del Paraíso por esta causa, así como lo proferido por Aristóteles cuando llamó mónstruo al tirano Dionisio, porque hacia dos digestiones seguidas.

El 3.º lo dedica á la *Embriaguez*, por la que se producen muchos desórdenes origen de los flatos á causa de la congestión de los órganos que acarrean infinidad de desgracias, como la de Noé insultado por su hijo; Lot durmiendo con su hija; Amnón muerto por su hermano Absalón: Alejandro empalando á su médico y recordando que la Roma consular castigaba á sus propias mujeres por creer que los hijos engendrados de vinosos padres salían inútiles para las letras como para las armas, vicio que hoy por desgracia se alaba.

El 4.º lo dedica al *Invierno*, recordando la natural influencia de los climas, á cuyos efectos se exaltan los humores, especialmente en esta estación en que con ser remiso el natural calor, ni puede con la multitud de alimentos, ni quitar la indisposición contraída de las entrañas mediante el frío temporal. Cita en su apoyo opiniones de Hipócrates y Galeno.

En el 5.º se ocupa de los *Vientos* por los cambios de transpiración que originan, molestando la respiración cutánea, produciendo catarros y trastornos del régimen, causa de los flatos, por lo que aconseja precaverse de ellos y además por las exhalaciones que traen consigo.

Dedica el 6.º á la *Edad senil*, en la que expone diversas consideraciones sobre esta postrera edad. De ella dice: «La edad de la senectud no hay duda que goza de los mismos privilegios y por lo mismo se debe colocar entre las causas generativas

»de los flatos; pues siendo como es cierto que luego que esta  
 »llega á señorear las provincias de nuestra hermosa arquitectu-  
 »ra comienza á ser ajada, y tan marchito se ve lo lucido de sus  
 »máquinas que más provoca á lamentos de cautiverio que á los  
 »regocijos de libertad; pero como se ha de ver, si al comenzar  
 »á ceñir la caduca diadema en sus encanecidas sienes comien-  
 »zan á temblar las piernas del nativo y vital calor, ya los años  
 »empiezan á desquiciar las bien tachonadas puertas que guar-  
 »daban el tesoro de la vida y ya la arquitectura humana co-  
 »mienza á ser despojada del hermoso rojo que brillaba en sus  
 »máquinas sin serle posible al arquitecto, el natural calor, su-  
 »ministrar materia capaz para volver á enlucir y renovar sus  
 »lucimientos, y ya, en fin, caduca, va emulando lo asqueroso y  
 »feo de la muerte *quod senescit antiquatur prope interitum est*,  
 »siendo precisa hoz de su garganta los incesantes y rapetidos  
 »golpes de los días que con la blandura de su cortar son im-  
 »perceptibles y no conocidos sus agudos hilos. Quedando tan  
 »rendido con los insensibles cortes, que no siendo ya para nada  
 »se deja morir con el consuelo que para ni llorado será objeto  
 »del más amartelado hijo.»

Al hablar del *sexo femenino* en el 7.º, aconseja buscar en la  
 mujer la causa moral de sus padecimientos, haciendo hincapié  
 en la natural importancia que representa el útero para produ-  
 cir flatos y cita, á propósito, el caso de una mujer á que fué  
 llamado á ver en consulta en la ciudad de Granada, en la que  
 los médicos no se daban cuenta de su enfermedad, por no ha-  
 berse fijado en este órgano importantísimo, causa principal de  
 su dolencia.

En el último capítulo 8.º de esta que pudiéramos llamar  
 primera parte de su obra, se ocupa con relativa extensión *Del*  
*chocolate*, protestando enérgicamente de su abuso por las sus-  
 tancias térreas que contiene y porque el cacao es de naturaleza  
 frío, craso, acre y humoso.

En la segunda parte de la obra, que denomina *De la dife-*  
*rencia de flatos y que enfermedades engendra*, clama contra el  
 abusivo sistema que se seguía en su tiempo de sangrar y pur-

gar a todos los enfermos indistintamente, así como del afán que tienen los médicos de apresurarse á recetar en cuanto ven al enfermo, sin aguardar á conocer la enfermedad para luego tener que sufrir un bochornoso desengaño, y en el capítulo de esta segunda parte, que intitula *Breve resumen curativo de flatos y sus causas*, manifiesta que á dos circunstancias ó indicaciones especiales hay que atender para curar los flatos, que en su opinión bastan: al origen, causa de su producción, y á la forma de presentarse.

Entra luego en capítulos separados del 2.º al 7.º, en referir casos prácticos de su clientela, como el de la mujer soltera, de 30 años de edad (1.ª observación) que la curó con agua mineral artificial, baños, y al interior la tintura de Marte y el agua de Osuna (?): á la segunda con igual medicación y una fuente; al 3.º (caso de sífilis) con las sales de antimonio; al 4.º con baños de tierra, agua al interior, sábana mojada al rededor del cuerpo y fricciones; al 5.º en que se trataba de un religioso del Convento de Franciscanos de Porcuna, con sanguijuelas detrás de las orejas y una fuente en la mano.

En el último capítulo, que denomina *Utrum Convienet ó no la sangria en ocasión de flatos*, se declara partidario de la sangria con moderación, siguiendo en esto la opinión de Pedro Miguel de Heredia, Valles, Mereurial, Massarias, Ribeiro, Zacuto y demás clásicos galenistas, administrando al interior tan solo el alcanfor, el vino alcanforado, las aguas minerales y los carminativos.

La impresión que produce la lectura de esta obrita es de un sincero aplauso y inerecida alabanza para su autor, porque para aquellos tiempos resultaba un interesante tratado de higiene privada que sería leído y consultado con verdadero interés. Por lo demás, siempre modesto y deferente con sus compañeros, termina la obra con los siguientes párrafos.

Con esto y supuesto todo lo que pudiera decirse de cada una de las insinuadas doctrinas y que por no abultar omito (ceso) habiendo «concluido esta obra y explicado mi sentir sin afectación alguna y disputándole con humildad sincera y con

• la misma recibiré otro mejor dictamen, que mientras más se  
 • trabaje para el alivio de los pobres enfermos y mayor utilidad  
 • se les haga, hallará el trabajo en mí la mayor aceptación,  
 • siendo la censura repetido aplauso, porque mi ánimo no es el  
 • ceñir con anticuados estilos los provechos, ni apreciar los re-  
 • cientes dogmas por novedades y sí solo conformarse con lo  
 • más verdadero y seguro, aunque es verdad que esto á mu-  
 • chos desplace. Por lo cual deseo hermohear esta obra con la  
 • censura de los más doctos y corrección de nuestra Santa Ma-  
 • dre la Iglesia Católica Romana. •

En 1732 aparece su tercera obra conocida, la más famosa, la que produjo más animadas discusiones entre los doctos de su tiempo, y la que dió lugar á que su nombre fuese universalmente conocido.

He aquí su descripción:

*Lapis Lydos—Appollinis—Methodo seguro y—la mas util asi para conocer como—para curar las enfermedades—agudas—Venerada de los antiguos—aunque no practicada por no advertida de—los modernos—y—ahora demostrada con innumerables esperiencias observadas por el zelo y diligente cuidado del Doctor Francisco Solano de Luque Me—dico Honorario del Rey nuestro señor en su Real Fa—milia Cathedratico Substituto que fué en la Imperial Universidad de—Granada—y—socio de la Regia Sociedad—Phisica Medica de Sevilla—Con licencia.—En Madrid: En la Imprenta de Joseph Gonzalez: vive en la calle de la Encomienda. Año de 1731. Folio.*

(Grabado de la Virgen.) Dedicatoria á la misma, quince páginas. Censura del Dr. Martín Martínez, tres páginas. Madrid 2 de Julio de 1727. Licencia del Consejo, una página; 4 de Julio de 1727. Censura y aprobación del P. M. Tomás Lobigo. Madrid 22 de Agosto de 1727, una página. Licencia del Ordinario D. Cristóbal Dámazo, 2 de Septiembre de 1727, una página. Parecer del M. R. P. Fr. Jacinto de Santo Tomás, siete páginas, 24 de Septiembre de 1723. Censura (en latin) del Dr. Diego Gaviria y León, socio consultor de la Sociedad Médica de Sevilla en 14 de Noviembre de 1722, seis páginas. Aprobación

(en latin) de la Real Sociedad Médica de Sevilla en 28 de Agosto de 1722, firmada por Miguel Melero, presidente, y José Arcadio Ortega, secretario, una página. Fe de erratas, una página. Tassa, una página en la fecha de 9 de Agosto de 1732.

Por el simple cotejo de las fechas que anteceden, observaremos las diferentes vicisitudes que precedieron á la publicación de esta obra de que en breve nos hemos de ocupar.

Después, en la siguiente hoja, inserta un soneto acróstico, dedicado á la obra por un discípulo del autor; á continuación unas octavas en alabanzas por un amigo suyo, y por último un soneto con idéntico fin por un paisano y condiscípulo del autor.

Tabla de los capítulos y otros tratados que deben leerse y examinarse. Al lector, diez páginas. Proemio, cuatro páginas. Introducción prolegómena. Parte primera, 38 páginas sin numeración y segunda con 82. Texto á dos columnas, 300 páginas. Índice 48.

Acerca de esta obra y del autor, dice el Dr. D. Martín Martínez en su *Censura*: «Fué Solano uno de los más sublimes ingenios que ilustran nuestra Sociedad Hispalense», y de la obra en particular se explica en esta forma: «Por lo cual, no solo puede V. A. dar la licencia que pide para dar á luz á este libro, sino mandarle que le dé parabien público, que, como otros, salen á ver la luz pública, mereciendo qnedarse en la sombra, este merece salir de la sombra á ser visto en la pública luz para luz del público.»

Aun cuando en la introducción prologómena (1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte) el asunto principal está obscurecido por infinidad de digresiones y disertaciones confusas, no deja de expresar claramente en muchas ocasiones su primordial pensamiento. Así en la pagina tercera manifiesta: «A esto discurría yo, lector amigo, que daba ocasion la gran dificultad y trabajo que se requiere para encontrar la verdad en cualquier materia, que es muy profundo el pozo de Demócrito y más en la Medicina, en que es preciso, según Hipócrates, mucha y diligentísima observación, mucho ahondar en la tierra de la humanidad y muchos años para descubrirla, y por lo contrario lo nada que cuesta defen-

der y convencer lo falso, pues con dos años de escuela y dos *ergos* se puede persuadir que Dios hace antes de Razón.»

Criticando la falta de observación de los médicos y la importancia que dan á la oratoria, exclama: «Verdad que cada día se experimenta en las juntas (y ojalá no fuera cierto como lo digo) pues á las primeras palabras, ó se apartan muchas leguas del enfermo, de la enfermedad y de la cama, ó caen en el escollo más escondido, aunque más encontrado, de la ignorancia, que es la malignidad. *Ad causam latentem argumentatur.*»

Esta primera parte de su obra parece que fué añadida después de escribir el texto y mandarlo á la aprobación de la Real Academia de Medicina de Sevilla, habiéndola escrito en la lengua de Cicerón, según dá á entender en el siguiente párrafo: «Y ni por esto juzgues que podía haber hecho otra cosa en el estilo y es la razón que esta obra fué natural parto del idioma latino que, aunque humilde, no mal sonante; y ahora, persuadido de las poderosas razones del prólogo del Dr. Martínez en su *Medicina septica*, ha venido á traducirlo, ó por mejor decir, á abortarlo en castellano, pues bien sabes, lector, que en las traducciones, aunque sean de obras propias, es dificultoso, á lo menos, imitar la viveza de los discursos y expresión de las palabras.»

No obstante, en toda ella existe una mezclanza de latín y castellano, que él mismo manifiesta al final de la primera parte de sus prologómenas en estas palabras: «Lector, yo en esta obra creo que solo pretendo manifestarme médico y de ningún modo crítico: quiero decir que en todo hallarás lo nativo de mi rudeza, pero acompañado siempre de la mayor claridad y ni siquiera que contra esto me opusieras ó te enfadaras de algunos retazos de latín que hallarás por el cuerpo de la obra, sino que pensarás en que al traducirlo y trasladarlo se me solía olvidar lo primero y corría la pluma hasta que la memoria me acordaba del intento, y despues no quise mancharlo con más borrones que los que habrá ocasionado mi insuficiencia.»

Lo cierto es que el Dr. Solano le añadió, después de darla

á la aprobación de la Sociedad Médica de Sevilla, el proemio y la introducción prolegómena, puesto que en el párrafo XIV de esta segunda parte dice que llevaba una estadística desde 1.º de Mayo de 1722 hasta fin de Abril de 1723, y siendo la aprobación de 28 de Agosto de 1722, claro está que la introducción fué añadida, ó por los menos ampliada, mucho después, al cuerpo principal de la obra.

Comienza esta en el toque primero (*ictus*) manifestando que como médico solo busca en la naturaleza aquellas acciones y movimientos con que se conserva en estado sano y los que en estado morbooso ejerce para vencer exterminando las enfermedades y librándose de sus insultos, no faltando siempre alguna ocasión en que se manifiesta, ya por una *diarrea*, por un *vómito*, por *hemorragia* ó por *sudor* para responder de sus éxitos en las más graves enfermedades, por lo que debemos observarla é imitarla, recordando siempre los consejos de Hipócrates.

En el *segundo toque* expone que los antiguos veneraron, conocieron y tocaron el movimiento conservativo de la naturaleza, pero en las enfermedades no conocieron el *cuando* ni *por donde* fijamente haría crisis, pues hasta el señalamiento de los días críticos, ofrece gran regularidad, así como entiende que es una puerilidad el conceder importancia al influjo de los astros y á la marcha de los mismos.

En el *tercer toque* se extiende en consideraciones sobre el papel que ejercen los indicantes, pareciéndole difícil de sentar el axioma *Contraria contrariis curantur*, porque no se puede seguir con seguridad este principio, ni conocer previamente la naturaleza de la enfermedad, manifestando que con las señales que poseían los antiguos no se puede saber con certeza la ocasión de estos futuros movimientos y ser difícil la aplicación oportuna de los contrarios.

En el *cuarto toque*, que es el más importante de la obra, dice en su capítulo 1.º: «En descubrir las especiales y maravillosas acciones de este (el pulso) y su inmensa variedad, se han consumido muchos años, no poco papel y continuadas y

laboriosas tareas. No hay pasión de ánimo que no manifieste ni sensación que no descubra y si aquí no se encuentra índice fijo así para el motus crítico como para el *cuando* y el *por donde*, no hay que buscarle en parte alguna ni fiarse de otra cosa, porque será caminar con errantes estrellas, debiendo en materia tan sagrada llevar el rumbo con norte fijo, que es, según tu dictámen, el corazón humano.»

Expone á continuación los casos ya por nosotros referidos del enfermo que estuvo observando once horas seguidas los resultados de los que vio entre los frailes enfermos del Convento de San Pedro Alcántara y la estraña contestación que recibió de su profesor cuando al empezar su carrera le consultó sobre las diferencias del pulso.

Seguidamente describe su célebre descubrimiento en esta forma: *El pulso vehemente, celer y erebro con bipulsación diestro ó que antes que acabe absolutamente el golpe, hiere segunda vez los dedos, es signo cierto de hemorragia nasal.* Cuanto más frecuente es, más cerca está la crisis; cuanto más igual es la magnitud del rechazo, mayor será la cantidad de sangre que se presente. Al paso que se descarga la naturaleza va remitiendo el pulso, y si tiene que echar más sangre el enfermo, vuelve á avisarlo la bipulsación. Fundado el Dr. Solano en estas leyes y en sus propias observaciones, afirma que se debe dejar obrar á la naturaleza, que es entonces el mejor remedio, y no administrar ningún medicamento que pueda perturbarla, previniendo á los médicos no desmayen en sus observaciones si no encuentran en un principio lo manifestado, insistiendo y dedicando todo su interés é inteligencia en el estudio atento y continuado del enfermo.

Habla en el segundo capítulo del *pulso intermitente*, el cual aseguraban Galeno y otros autores que era síntoma gravísimo y precursor de la muerte, y dice: «En esto, lector, vivía yo muy creído, pareciéndome, según el universal aserto, no solo que no era cosa indispensable, sino que jamás sucedería otra cosa que la muerte del enfermo en que dicha intermitencia acontecía, hasta que Dios, por su alta é inescrutable providencia, permitió

que yo experimentase ser muy al contrario las más veces, como lo verás muy pronto, y no por esto digo que alguna vez no notase mal suceso con el pulso referido, pero también aseguro que es por causas muy distintas de las que hasta aquí han pasado y discurrido.»

Buscaba siempre, como diligente observador, la ocasión de hallar este pulso, porque conocía sus maravillosos resultados, siempre que no se diesen medicamentos, sobreviniendo la crisis por una diarrea copiosa, según aparecía de las diferentes veces que lo había comprobado en sus numerosos enfermos, uno de los que refiere y ya apuntado por nosotros, al terminar su carrera en Granada.

Al principio del capítulo 3.º, *De las señas del sudor crítico y su tiempo*, manifiesta como un día al preguntarle el cirujano de Illora D. Francisco de Castro Palomino, por qué revelaba la terminación y hora de los padecimientos agudos, hubo de explicárselo con su natural bondad y dice: «Hicelo así, que en cosas del bien común, jamás por el aura popular ni por interés alguno, he ocultado yo cosa que pueda utilizar el público», siendo esta una de las causas que le han obligado á traducir su obra al castellano; más adelante manifiesta con su natural modestia que el referido cirujano ha seguido tan á conciencia sus consejos, que en la actualidad previene la aparición de los sudores mejor que él, siendo solicitado para su asistencia por todos los vecinos de Illora.

Los caracteres, según él, del pulso *inciduo*, son:

1.º Pulso igual en cuatro pulsaciones y después de la última siguen otras tres ó cuatro diastoles, subiendo en magnitud y vehemencia con admirable orden.

2.º Luego de golpe vuelve el pulso á bajar y seguir su movimiento moderado é igualatorio hasta que vuelve á subir.

3.º Este pulso con blandura en la arteria es indicio cierto de sudor crítico.

4.º Según el tiempo que tarde el movimiento inciduo, así viene, más ó menos tarde, el sudor, y según la magnitud y vehemencia así será su abundancia.

5.º En ocasiones se acompaña el sudor con otros fenómenos; pero estos efectos no son precisamente de la constitución de la materia, sino de otras causas extrañas.

En el capítulo 4.º se ocupa de los casos prácticos y testigos presenciales, refiriendo varios de los primeros, en comprobación de sus doctrinas, como el del hermano del médico de Iznájar, el del Dr. D. Francisco Tomás de Zayas, D. Gerónimo Goñi y otros. Al fin del sucedido en Madrid, que ya hemos referido, al enterarse de las críticas de sus compañeros, exclama:

Y cuanto más raro admira  
La cosa antes de saberla,  
Tanto después de sabida  
La abate, burla y desprecia.

En el *apéndice y corolario* encarece una vez más la importancia que en medicina tiene la *ocasión*, porque, dice, que es la joya más preciosa y el remedio de más virtud y ley que hay en ella, aunque existen pocos médicos que saben aprovecharla.

En el párrafo 4.º critica con justa razón á los que sin una detenida observación ni indicación precisa ordenan remedio de tanto cuidado como es la sangría.

Ante la crítica de sus compañeros, exclama en el párrafo 9.º: «Finalmente has de saber que muchos sujetos de juicio y algunos médicos doctos, habiendo visto los sucesos que he contado y solo por el pulso prevenidos, ya que no podían negar, los atribuían á *numen* especial este conocimiento, no creyendo que pudiera ser hijo de la facultad médica que profesamos, cuyos maestros y doctores vocean como inconcusa la falibilidad de los dogmas de este arte.»

A la página 154 aparece, en sección aparte, el siguiente corolario: *Hipócrates propugnaculum. Punto II. Verdadera doctrina de este príncipe que practica y enseña para sangrar y purgar con acierto, no solo en las enfermedades agudas, sino en todas las demás. Reflexiones práctico-médicas contra el estilar y anticuado uso de estos dos grandes y maravillosos remedios. Trabajadas con singular cuidado por el mismo Dr. D. Francisco Solano de Luque.*

Trata de demostrar en esta parte que, siguiendo los verdaderos preceptos de Hipócrates y Galeno y confiado en la experiencia personal, no se debe atener el médico más que á su propio criterio. A continuación se engolfa en las teorías de doña Oliva Sabuco, sobre el jugo nerveo. y concluye esta parte afirmando que sin la experiencia no se puede instituir curación perfecta y arreglada.

En las *reflexiones* intenta oponer las razones de que se sirven los contrarios para sangrar y purgar en el principio de las enfermedades agudas, haciendo gala de sus profundos conocimientos y citando infinidad de autores en largos y confusos párrafos, todos conducentes al apoyo de su doctrina y que ocupan casi la mitad del libro: (desde la página 175 hasta la 300.)

Concluye este haciendo el siguiente ruego: «Acabé, por último, lector, con esta obra y solo te suplico que no estrañes los tres puntos principales que establecí en ella, para que te parezcan nuevos y repugnantes á tus doctrinas; mas si los estrañares no los impugnes hasta ver y contemplar si estan bastante-mente con la experiencia comprobados.»

Esta célebre obra, considerada en la época de su publicidad, resultó muy notable y sobre todo gran tema de discusión, como así hubo de ocasionar entre los médicos españoles de su tiempo. En general se resiente de método y falta de exposición y aun cuando demuestra grandes conocimientos en filosofía y en la medicina clásica, sus confusos y silogísticos conceptos, acompañados de innumerables citas, hacen muy pesada su lectura.

La parte cuarta, ó sea en la que expone su doctrina, es de una sencillez admirable, interesantísima y por todos conceptos notable.

Por lo demás, si se examina este libro con relación á su época y nos penetramos del valor de sus ideas al combatir enérgicamente en todos los capítulos y en todos los párrafos el abuso, la epidemia, por decirlo así, que existía en su tiempo, de recetar á cada momento sangrías y purgas, se comprenderá el valor científico de la santa doctrina y el enorme esfuerzo del sabio montillano para desterrar tan funesta costumbre.

Esta obra dió lugar á numerosas réplicas, á violentas discusiones y fué satirizada por los médicos españoles, en tanto que en el extranjero, desentendiendo su hojarasca, lograron descubrir los sabios el oro purísimo que contenía y las notabilísimas teorías del genial pensamiento del autor. Extractada y comentada dió la vuelta á Europa y sirvió de pedestal á su fama. En la parte bibliográfica daremos cuenta de casi todos los médicos y literatos que de ella se ocuparon, tanto extranjeros como españoles.

No satisfecho el Dr. Solano de Luque con la publicación de su doctrina y conociendo y penetrándose de la encendida discusión que había motivado entre sus compañeros, trató de publicar una segunda obra, en corroboración de sus ideas, que viniera á ser como la clínica médica de la anterior; obra que, aun cuando terminó, no tuvo la suerte de ver impresa.

Hé aquí su descripción: *Observaciones sobre el pulso. Obra postuma del Dr. D. Francisco Solano de Luque, Medico Honorario de la Real Familia, Catedrático substituto que fue en la Universidad de Granada, Socio de la Real Sociedad de Sevilla, Medico y vecino de la ciudad de Antequera. Publicada de orden de S. M. Madrid en la Imprenta Real. 1787.*

4.º Prólogo del Editor, 10 hojas. Declaración previa de don Pedro Solano de Luque, 4 hojas. Prólogo del autor, 9 hojas. Retrato del Dr. D. Francisco Solano de Luque, grabado en cobre por F. Solma. Texto con su introducción previa, 357 hojas.

En el prólogo del editor manifiesta este por qué se ha dado á luz la obra, teniendo en cuenta su particular mérito y la extremada pobreza de la familia de Solano de Luque, exponiendo brevemente sus ideas, aunque no deja de observar en ellas algunas incorrecciones. En la declaración previa su hijo D. Pedro nos refiere las vicisitudes de la obra, el motivo que tuvo su padre al escribirla, el fallecimiento de este y los infructuosos trabajos que dió para que se imprimiese, hasta que por mediación del Ilmo. Sr. D. Francisco Milla y de la Peña, Regidor de Madrid y vecino por aquel tiempo de Antequera, llegó á oídos del Excmo. Sr. Conde de Floridablanca la noti

cia del libro, interesando á S. M. el rey Carlos III para su impresión, como así se verificó por orden y cuenta suya.

Expone el autor en su prólogo las razones fundamentales que le obligaron á escribirlo, contestando á los redactores del *Diario de los Literatos de España*, quienes encomiaron su obra en el tomo II, páginas 156, 184 y siguientes, tergiversaron los conceptos de la misma, concluyendo por manifestar que era gran lástima no fuese cierto lo que exponía.

Esfuézase en probar que cualquier idea nueva, por muy veraz que resulte, no puede en un momento dado desterrar las antiguas y arraigadas preocupaciones de la estilar medicina, y aunque comprende que su invento estará sujeto a errores, entiendo que siempre han de existir muchos más en la práctica usual.

En la introducción refiere cómo el Dr. Nihell llegó á verle en Antequera y lo satisfecho que ha quedado de su invento, hasta el punto de hacer suyo el extracto que formó este médico irlandés de sus crisis por el pulso, cuya exposición está perfectamente sintetizada y expuesta al principio de la obra, en lo referente al pulso, la diarrea, los vómitos, la orina, el sudor y las crisis en general, todo lo que aparece firmado por él en 5 de Noviembre de 1737 en la ciudad de Antequera.

Consta el capítulo 1.º de XXI observaciones sobre la hemorragia *narium*, crítica sintomática y precautoria. El 2.º de XXXVI observaciones sobre la diarrea crítica y sintomática. El 3.º XXVIII sobre el sudor crítico y sintomático, IX sobre el movimiento de orina, vómitos críticos y sintomáticos, terminando con las cinco que presenta su hijo D. Pedro, en corroboración de las teorías de su padre; también este segundo hijo del célebre médico montillano, había ya fallecido á la publicación de esta obra, siendo médico titular de Alcalá la Real.

En general el espíritu más moderno que se revela en este libro, despojado de galenismos y de citas extemporáneas, en el que aparece cada historia clínica con sus correspondientes reflexiones, le hace más agradable al médico que desee penetrarse bien de las doctrinas de Solano de Luque y de lo que

comprobó en su numerosa práctica. Esta obra parece que tuvo una segunda impresión en 1797, la que no hemos podido encontrar.

Grande y merecida resonancia tuvo el solaniano invento, dando lugar á acaloradas discusiones y á innumerables escritos, quedando cual estela luminosa en la historia de la medicina patria la gloriosa figura de su inventor y sus ingeniosas teorías, produciendo la admiración de los sabios de su siglo, aunque las pasiones de los unos, el desdén de los más y las envidias de no pocos, impidieran su sólida estabilidad en el extenso campo de la medicina secular.

### III

#### Comentaristas y biógrafos.

Una de las primeras publicaciones que se ocuparon de los trabajos de Solano de Luque fué el *Diario de los Literatos de España*, que, como ya hemos referido, incluyó en su tomo segundo, páginas 156 y siguientes, un estudio crítico de sus descubrimientos, estudio que se inspiró en la lectura de la obra que publicó D. Manuel Gutiérrez de los Rios, clérigo de mucha reputación y médico de Cádiz, titulada: *Idioma de la naturaleza, con el que se enseña como ha de curar con acierto los morbos agudos, descubierto por el Dr. D. Francisco Solano de Luque, que dió á luz en su obra intitulada Lapis Lydos Apollinis, nuevamente compendiado, añadido é ilustrado*. 1738. 1.<sup>a</sup> edición.

Este señor era partidario de la doctrina del médico de Antequera, con quien se escribía frecuentemente sobre asuntos de medicina. A pesar de haber recibido de Solano de Luque muchas aclaraciones sobre sus trabajos para la confección de su libro, adolece este de falta de claridad y no le hace la debida justicia que era de esperar, por cuya causa erraron en su crítica los que hablaron de la obra del médico antequerano al ocuparse de su critica en el mencionado *Diario*.

El Dr. D. Jaime Nihell, á su vuelta á Londres, publicó un extracto de la obra de Solano, intitulado: *A new extraordinary observations concerning the pulse made by D. Francisco Solano*

*de Luque illustrated Wit new cases and remarks by James Nihell M. London 1741*, en 8.º, alabando y ensalzando su doctrina, cuya obrita tradujo al latín, añadiéndole algunas observaciones, el Dr. Guillermo Noortwyk, discípulo de Boerhave y cuñado de Gerardo Wans-Wieten, cuyas dos primeras ediciones aparecieron en Amsterdam en 1746 y 1748, respectivamente: la tercera se publicó en Venecia en 1757 y su descripción es como sigue: *Novae ræque observationes—circa crisium predictionem—ex pulsu nullo habito respectu ad signa critica antiquorum Primum á—Francisco Solano de Luque Antequerae in Hispania Practico aliisque deinde—Medias facta Novis casibus monitisque—generalibus de Natura Crisium-a-netae á Jacobo Nihell—Med Doct Ex anglico—latine redidit etc. Dissertationem --de Natura humana—adjunxit—Wilhelmus Noortwyk M. D.—Accedit in hac Editione—D. G. C. Schelhammeri F. P. primum Acad Kilon etc Disquisitio epistolica—de—pulsu (viñeta)—Venetiis MDCCLIX Apud Thomas Bettinelli—Superiorum permissu. 8.º, 255 páginas, XXII de prefacio. La licencia está al final de la obra, en italiano y fechada en Pádua en 1.º de Octubre de 1755, firmada por Gio Girolano Zuccato Legret.*

Esta obrita ha sido una de las que más han propagado en Europa las doctrinas del sabio médico montillano.

También se hace un amplísimo elogio de este en los *Comentarios á los aforismos de Boerhave* por Wan-Wieten en el tomo 1.º, página 59 y siguientes, edición de Leyden de 1749. Así como el célebre Haller incluye un juicio crítico, elegante y verídico de su doctrina, en el tomo 2.º, página 141, de los *Comentarios al método de estudiar medicina de Berhave*, edición de Venecia de 1753.

La obra de Nihell fué traducida al francés por Mr. Lavirocte, doctor en medicina de la facultad de Montpellier, impresa en París en 1748, en 12.º, de la que se ocuparon varios sabios distinguidos, publicando artículos encomiásticos en las *Noticias literarias de las memorias de Trevoux*, correspondientes al mes de Febrero de 1747 páginas 367 y siguientes, donde aparece la siguiente cláusula: *Observaciones nuevas y extraordina-*

rias sobre las producciones de las crisis por el pulso hechas por el Dr. D. Francisco Solano de Luque, español, y después por diferentes médicos é ilustradas con nuevos casos y notas por el Dr. Nihell.

El Dr. Borden lo elogia igualmente en sus *Indagaciones sobre el pulso*, edición de París de 1756; el Dr. Buchoz en su *Medicina práctica y moderna*. París 1760, página 420. También lo citan con encomio los doctores Jourdan, Camus y Senac en Francia y Daniel Cox en Inglaterra.

Numerosos médicos españoles siguieron cultivando sus descubrimientos y estudiando sus doctrinas, surgiendo por aquella época encontrados pareceres sobre la manera de apreciar el invento de Solano de Luque. Aun cuando debemos citar al P. B. Feijóo como uno de sus encomiadores más entusiastas, no somos de su opinión al exponer en la *carta crítica* 8.<sup>a</sup>, tomo 5.<sup>o</sup>, que eran desconocidos en España los trabajos de Solano si bien se reconoce él culpable por ignorarlos, hasta que tuvo noticia de la existencia de nuestro paisano por médico español, vecindado en París, el Dr. D. José Ignacio de Torres.

El mismo Feijóo, en la siguiente carta crítica (la 9.<sup>a</sup>) dirigida á D. Juan Luis Roche, dice: «Participo á V., como há dias, que tengo en mi celda el *Lapis Lydos* de nuestro Solano de Luque, cuya eminencia en la facultad médica me ponderó V. tanto en su carta de 16 de Septiembre de 1751 y la lectura de este libro me demuestra cuán cierto es el dictámen que V. ha formado de este gran médico, logrando justamente con el grande conocimiento de esta verdad una insigne lisonja de mi amor propio, porque sus máximas fundamentales, todas ó casi todas, son las mismas que mi razón natural me había dictado muchos años há. De modo que un médico que hay aquí bastante racional, dueño del libro *Lapis Lydos*, de quien le tengo prestado, asegura que si no tuviera evidencia de lo contrario, creería que Luque y yo nos habíamos concertado en proferir las mismas reglas medicinales, á excepción de las que toca al conocimiento del pulso, de que yo no sabía la más leve parte.»

El Dr. D. Francisco García Hernández, en su *Tratado del*

*dolor cólico, Madrid, 1737*, habla de él con gran respeto y consideración, pero en su segunda obra de *Fiebres malignas, Madrid, 1747*, se aparta ya algo de su doctrina, contagiado, á no dudar, por las acerbas críticas que sostuvieron los médicos españoles, y en su *Doctrina de Solano de Luque, aclarada, etc., Madrid, 1765*, critica los entusiasmos de Feijóo, y sin negarle á Solano el mérito de su invento, rebate lo expuesto por el fraile benedictino, de que los médicos españoles no conocían la obra de su compatriota.

También el célebre médico del agua D. Vicente Pérez, en su *Promotor de la salud de 1753*, acepta igualmente las ideas de Solano de Luque, unidas á su método hidroterápico.

El Dr. D. Pedro León Gómez, catedrático de medicina de la Universidad de Alcalá de Henares, publicó en 1751 é impresa en Madrid, una *Disertación de pulsos en que se da á entender lo mucho que hay que saber sobre su conocimiento y pronósticos y que lo que hubo de verdadero en los de Solano no fue por hallazgo particular suyo, sino por haber estudiado y tenido presente algo de lo mucho bueno que para pronosticar dejaron escrito los autores antiguos*. Por el título que antecede se comprende la idea de este médico, que no era otra que rebajar el mérito de Solano. Así lo afirma Hernández Morejón cuando refiere en su *Historia de la Medicina Española* que este escritor no había estudiado con el detenimiento que requiere ni el *Tratado de pulsos*, de Galeno, ni el de nuestro biografiado.

Otro médico valenciano, el Dr. Dr. Francisco Rubio, publicó en 1761 un *Arte de conocer y curar las enfermedades* y en la página 135 se ocupa de las doctrinas de Solano de Luque con cierta desconfianza, que se acentúa más en la segunda edición de 1774, que apareció con el nombre de *Medicina hipocrática*, combatiendo su tratamiento espectante, si bien reconoce la verdad de sus conocimientos sobre el pulso.

El Dr. D. Francisco Puente, médico de Barbastro, publicó en Zaragoza en 1764, su *Ars Hipocrática vel Hipocrates extractus, etc.*, en la que elogia con suma discreción á Solano, comentando sus teorías en sentido favorable, así como otro mé-

dico aragonés, D. Francisco Clavera, que publicó en Bolonia una obrita *Scorpete e massime di Solano di Luque, medico Spagnolo*, en la que hace entusiastas elogios de él, aprobando su doctrina.

Pero el que verdaderamente supo comprender y penetrarse de los descubrimientos solanianos, fué D. Juan Luis Roche, presbítero y teólogo, académico de la de Ciencias y Bellas Letras de Sevilla, de la Portopolitana y otras varias, escritor distinguidísimo, quien compendió con sumo acierto la obra de *Lapis Lydos*, dando á luz la suya en 1761, en el Puerto de Santa María, con este epígrafe: *Nuevas y raras observaciones para pronosticar las crisis por el pulso sin alguna dependencia de las señales críticas de los antiguos, en que se prueba y procura establecer en la medicina, para utilidad pública. el famoso descubrimiento soliano*. Esta obra, que fué dedicada al rey Carlos III, está perfectamente escrita, con sencillez y notable exactitud, por lo que contribuyó poderosamente á la propagación de las ideas de Solano de Luque, desvaneciendo errores y confusiones á que daban margen los escritos del médico montillano. Lastima que no llegase á publicar más que el primer tomo, en que prometía aportar nuevos datos cuando apareciese el segundo que, por desgracia, no se realizó.

Otros muchos escritores médicos españoles se ocuparon igualmente de los trabajos de Solano de Luque y de sus escritos, aunque no con tanta extensión como los mencionados. Entre ellos hemos de citar á D. Antonio José Figueroa y Rosillo, en su obra *Apologia medico-práctica*, 1766, Madrid, que se muestra partidario de su doctrina; el erudito y sabio D. Andrés Piquer, en su *Medicina Vetus et nova*, página 35, edición de 1758, después de exponer algunos reparos á la doctrina de los pulsos, recomienda las máximas de Solano, acerca de que se deje principalmente á la naturaleza la curación de las enfermedades agudas. Y concluye así: «Por lo demás es digno de alabanza el Dr. Solano y ojalá que los médicos tuvieran siempre presentes sus consejos sobre la necesidad de observar la naturaleza.»

El Dr. D. Juan Spallarrosa también se ocupó con elogio de Solano en su *Brújula esfigmica médica, ó sea disertorio de los pulsos, etc.*, Madrid, 1787. así como el Dr. D. José Ortega de Tamayo y Padilla, médico titular de Aguilar del Campo, en su *Discurso médico que enseña el verdadero método de curar, etc.*, Madrid, 1788.

A principios del pasado siglo el Dr. D. Francisco Javier Cid, médico del Cabildo de Toledo, dió á luz una curiosa obra, *Arte esfigmica ó semeyótica pulsoria, etc.*, Pamplona, 1803, en la que adopta con entusiasmo las ideas de Solano, así como otros muchos médicos, entre los que recordamos más modernos á D. Tomás Santero, en su *Exposición de los sistemas médicos*, y á nuestro querido maestro el Dr. D. Eduardo García Solá, en su notable obra de *Patología general*.

Sus biógrafos son relativamente escasos. Recordamos en primer lugar un notable trabajo de su vida y obras, inserto en el *Memorial Literario* de 1788. También trae algunas noticias el *Semanario Pintoresco* en su tomo II, página 178.

En la solemne inauguración de apertura del año académico de 1882 á 1883, en la Universidad de Granada, leyó el ilustre Rector ya citado, Sr García Solá, *Algunos apuntes para la biografía del insigne médico antequerano D. Francisco Solano de Luque*, que fueron publicados en la Prensa Médica de Granada de aquel mismo año. Por último, el conocido escritor D. José Morte y Molina, distinguido profesor de instrucción primaria, incluye una ligera biografía de este médico en sus *Apuntes históricos de Montilla, 1888*.

Hemos llegado al final de nuestro trabajo. Al recordar los gloriosos triunfos y notabilísimos hechos de tan insigne patrio, de tan bondadoso y sabio médico, de aquel que supo dar honra y fama á la medicina patria, logrando con sus asombrosas curaciones el renombre de Hipócrates español, una súplica elevamos á la ilustre ciudad de Montilla y á su Real Sociedad

Económica: la de que se perpetúe su nombre, dándolo á una de sus principales calles, á ser posible en la que nació, fijando una lápida de mármol en la casa que viera la luz primera, en donde se hiciera constar sus señalados triunfos, su bondad inagotable, su caridad reconocida y su infinito saber, que dedicó por completo al alivio y curación de sus semejantes, honrando así la ciencia española y el noble suelo montillano.